

ENSAYO

Estereotipos de género ponen en peligro la salud sexual en la adolescencia.

Esther Caricote

Universidad de Carabobo. Facultad de Ciencias de la Educación. Escuela de Educación. Departamento Pedagogía Infantil y Diversidad.

Correspondencia

Las Quintas Naguanagua. Ave. 96
Quinta Angela No.166-176
Valencia, Venezuela
Cel: + 58 - 4164403680

Email: esthercaricote@yahoo.es

Recbido: Noviembre 2005 **Aprobado:** Agosto 2006

RESUMEN

Es importante analizar en un individuo, la articulación de lo biológico (sexo), con lo social y no tratar de negar las diferencias biológicas que hay entre hombres y mujeres; pero también, hay que reconocer que lo que marca la diferencia fundamental entre ambos sexos es el género. El género, es un conjunto de expectativas sociales, normas, creencias, valores y costumbres entorno al rol sexual femenino y masculino que presenta una cultura. Mucho se habla en la actualidad acerca del estereotipo de género, desde el cual se intenta explicar y comprender "algunas" de las más importantes problemáticas personales y sociales en las y los adolescentes como es la salud sexual y educación. Por ello, el concepto de género implica a la vez un punto de partida y un punto de llegada: un punto de partida, en tanto las diferencias de género implican múltiples formas de desigualdad e inequidad en las relaciones entre varones y mujeres. Un punto de llegada, porque nos orienta a una sociedad más justa en donde se garantice la igualdad y equidad de derechos entre varones y mujeres.

Palabras clave: Género, Estereotipos de género, Salud Sexual, Educación, Adolescencia

ABSTRACT**Genre stereotypes endanger sexual health of adolescents.**

It is important to analyze an individual's biological articulation (sex) with the social context, and not to try to deny the biological differences existing between men and women. Also, investigators have to recognize that genre is what marks the main difference between both sexes. Genre refers to a group of social expectations, rules, beliefs, values and customs related to the female and male sexual roles that are held by a given culture. Currently, a lot is being said about genre stereotypes, from which investigators try to explain and

comprehend “some” of the most important personal and social problems of female and male adolescents, such as sexual health and education. For this reason, the concept of genre implies both an exit point and an arrival point: An exit point because genre differences imply multiple forms of inequality and inequity in the relationship between men and women. It is also an arrival point because it leads us to a fairer society in which equality and equity of rights for men and women is guaranteed.

Key words: genre, genre stereotypes, sexual health, education, adolescent

INTRODUCCIÓN

Pero ¿qué se entiende por Género? De manera simple, podemos decir que se trata de una construcción simbólica que estereotipa, reglamenta y condiciona la conducta tanto objetiva como subjetiva de los individuos. Mediante la constitución de género, la sociedad clasifica, nombra y produce las ideas dominantes de lo que deben ser y actuar los hombres y las mujeres. Por tanto, referirse a cuestiones de género, es hablar de feminidad y de masculinidad.

Desde un punto de vista teórico, las diferencias de género no deberían implicar desigualdades. Sin embargo, una de las reflexiones centrales de este trabajo, es la necesidad de empezar a abordar el género como eje fundamental para la salud sexual, desde un enfoque integral puesto que la salud no solo es ausencia de enfermedad sino que se concibe dentro del campo de los derechos humanos, que concierne también a los procesos reproductivos, al embarazo adolescente, el abuso y delitos sexuales, mitos y creencias sobre el origen de la homosexualidad, a la anticoncepción y al aborto, a la imagería popular sobre la masturbación, violencia intrafamiliar, a las llamadas infecciones de transmisión sexual para solo mencionar unos cuantos rubros que comprenden tanto al género como la sexualidad.

Por otro lado, es en la adolescencia, donde existe mayor interés en los temas eróticos y sexuales debido a la necesidad de reafirmación de la identidad sexual y personal; en estos momentos las/los adolescentes buscan información sobre el desarrollo de sus órganos sexuales, reproducción y acto sexual y muchas de las características surgidas de estos estereotipos de género se encuentran en la base de conducta riesgosas para la salud sexual de las/los jóvenes.

Género. Inevitablemente es la biología lo que marca, en esencia, el mundo de la sexualidad puesto que el sexo de un individuo viene determinado por los cromosomas sexuales, la anatomía sexual y las características sexuales secundarias; pero sin menoscabo de esta realidad biológica, también es cierto que existen factores sociales y culturales que de manera clara determinan cómo se expresa el ser humano en esta parcela de su vida.

Esto significa que el género o rol de género, dice que ser hombre o mujer está determinado no solo por la asignación biológica (de sexo), sino por valores que se crean y reproducen a través de la cultura y que dictan socialmente lo que es o debe ser “lo femenino” o “lo masculino” en una sociedad determinada. Por consiguiente, Re, M (1), define el género, como el conjunto de características culturales o de valores, atribuidos a una

persona según su sexo y que describe cómo deberían pensar, actuar y sentir los hombres y las mujeres.

Con respecto a la adolescencia, sabemos que se trata de un proceso del desarrollo humano durante el cual se realizan una serie de cambios biopsicosociales donde el niño se transforma en un adulto integrado a la sociedad y el género es un aspecto central en su identidad y sus relaciones sociales y se ve influenciado por aspectos biológicos, sociales y cognitivos que van moldeando la personalidad del/la adolescente.

Influencias Biológicas, Sociales y Cognitivas sobre el Género en la Adolescencia. En la adolescencia, la influencia biológica está representada por todos aquellos cambios puberales marcados por el sistema nervioso central y el sistema hormonal que contribuyen a una mayor incorporación de la sexualidad en las actitudes y el rol de género de las/los jóvenes. Cuando sus cuerpos se inundan de hormonas, las adolescentes así como sus homólogos de sexo masculino muestran un comportamiento acentuado o estereotipado de masculinidad y feminidad cuando interactúan con adolescentes del otro sexo. Por lo tanto, las adolescentes serán afectuosas, hablarán con suavidad y los adolescentes serán enérgicos, ostentosos, porque se han dado cuenta que esta forma de comportarse incrementa su atractivo y sus posibilidades de encontrar pareja. Sin embargo, la masculinidad y la feminidad se van renegociando a lo largo de la adolescencia y gran parte de esta renegociación está relacionada con su sexualidad que también comienza a despertar y ha desarrollarse en esta etapa puberal.

Tanto Freud, S.(2) como Erikson, E. (3) sostenían que los genitales de un individuo influyen en su rol de género y esta asunción motivó la creencia de que los comportamientos sexuales y de género son instintivos y que, a causa de la estructura de los genitales, los hombres son más agresivos y dominantes y las mujeres son más pasivas y receptivas.

Ambos enfoques no conceden importancia a la experiencia cognitiva y modelaje social, la interiorización del rol de género en la adolescencia no solo obedece a la influencia biológica sino también a las presiones sociales para conformarse a los roles masculinos y femeninos tradicionales.

Las Influencias Sociales. Los padres, mediante la acción y los ejemplos, influyen sobre el desarrollo del rol de género de sus hijos/as durante la infancia y la adolescencia. Durante la transición de la infancia a la adolescencia, los padres conceden a los varones más libertad que a las hijas y la preocupación por la vulnerabilidad sexual de las adolescentes puede motivar a algunos padres a controlar más su comportamiento y a intentar ponerle "límites".

Álvarez, M. (4) opina que el proceso de socialización de los hijos e hijas dentro del núcleo familiar, la comunicación que se establece entre los miembros, la forma en que se dicen las cosas, la manera en que se demuestran los sentimientos, el clima de comprensión y confianza entre ellos, determinan el modelaje de los géneros masculinos y femeninos.

Pero no solo los padres y otros adultos constituyen los modelos a observar e imitar en sus comportamientos por las/los adolescentes sino los iguales o pares (otros adolescentes), no tardan mucho en unirse al proceso de socialización que modela el comportamiento femenino y masculino.

Durante la adolescencia, los/las jóvenes pasan cada vez más tiempo con otros adolescentes de su edad y la aprobación o desaprobación del grupo tiene una gran influencia sobre las actitudes y comportamientos de género. Los iguales pueden rechazar o aceptar a un sujeto en función de sus atributos relacionados con el género.

Como ya hemos visto, los/las adolescentes se ven expuestos a roles masculinos y femeninos en sus interacciones cotidianas con sus padres, amigos o pares en el liceo, en su comunidad pero los mensajes sobre el género que transmiten los medios de comunicación (especialmente el Internet), también son influencias importantes en el desarrollo del rol de género puesto que dan mensajes muy estereotipados, transmitiendo mensajes claros sobre las relaciones de poder existentes entre hombres y mujeres.

Las Influencias Cognitivas. Piaget, J.(5) propuso que en cuanto un niño/a empieza a concebirse a sí mismo como niña o niño, empieza a organizar el mundo en función del género. A este respecto, los/las adolescentes construyen activamente su rol de género porque las características de abstracción, idealización y lógica propias del pensamiento operacional formal implican que el adolescente tiene capacidad de analizarse a sí mismo y decidir como quiere que sea su identidad de género. Estas mismas habilidades cognitivas que acompañan al adolescente contribuyen a que sea más consciente de la relación existente entre el rol de género, las elecciones profesionales y su estilo de vida.

No obstante, a pesar de que los/las adolescentes construyen activamente su género hay que seguir tomando en cuenta que la sociedad determina qué esquemas de género son importantes; por ejemplo es probable que un adolescente elija como afición levantar pesas o alpinismo y se pregunte ¿De qué sexo es la afición?, ¿De qué sexo soy yo? ¿Coinciden? En caso afirmativo, considerará la posibilidad de practicar ese hobby.

Estereotipos de género: similitudes y diferencias. Históricamente, se acepta como “naturales o normales” una serie de actitudes prácticas y comportamientos que provienen y se construyen en el ámbito social donde el modelo de varón y el de mujer tienen un alto grado de coherencia; es decir, no contiene elementos contradictorios, se transmite de generación en generación. Estas ideas preconcebidas llamadas “estereotipos de género”, suponen que se califique a priori el comportamiento de las personas.

Los estereotipos de género reproducen relaciones sociales, aparejan valoraciones particulares y diferenciadas (creencias), de lo que es “ser hombre y ser mujer” y de sus relaciones recíprocas y sin duda, generan discriminación y sufrimientos, por lo tanto, muchas de las características surgidas de estos estereotipos de género se encuentran en las bases de conductas riesgosas para la salud de ambos sexos, particularmente en la adolescencia (en gran parte debido a la maduración sexual y de la

producción de hormonas) , donde existe mayor interés en los temas eróticos y sexuales; en estos momentos el joven y la joven buscan información sobre el desarrollo de sus órganos sexuales, sobre la reproducción y el acto sexual.

En nuestra sociedad latina, el modelo tradicional de varón está ligado a la fuerza física, el trabajo, la protección de la familia y la potencia sexual y, de acuerdo a la investigadora Henry, K (6), los hombres se benefician de su situación privilegiada en la mayoría de las sociedades, pero los papeles de género tradicionales que desempeñan, también tienen su precio porque la sociabilización de los jóvenes por ejemplo, es que repriman las emociones, recurran a la violencia para solucionar conflictos y sean independientes a una edad temprana y esto sabemos, tiene efectos perjudiciales sobre su salud.

Por otra parte, se espera que los varones tengan una vida sexual activa a una edad temprana e incluso se los anima a que lo hagan antes de la elección de la pareja con la que organizará su familia. En muchas sociedades tener varias compañeras sexuales se considera esencial para ser hombre. Pero, la expectativa de que los adolescentes varones tengan experiencias sexuales no significa que sepan proteger su salud sexual.

Con respecto a lo expresado anteriormente, Lamas, M (7). manifiesta que los adultos tienden a suponer que los adolescentes varones saben más de lo que en realidad saben, y estos a su vez, tienen miedo de hacer preguntas que revelen su ignorancia. La presión de los adultos y pares también influyen en su forma de ver las relaciones sexuales y con frecuencia, los llevan a un comportamiento sexual de riesgo. Para muchos adolescentes varones, el inicio sexual se considera una prueba de virilidad y la presentación de sus conquistas sexuales a un grupo de amigos puede ser tan importante como las relaciones sexuales mismas.

Una táctica empleada para presionar a los jóvenes a ajustarse a las expectativas que tiene una sociedad respecto al comportamiento sexual masculino, es insinuar que los que no lo hacen son homosexuales. El daño que se consigue con esta actitud, es perjudicial para los jóvenes que tienen relaciones con hombres, lo cual los hace correr riesgos sexuales, tener poco amor propio e incluso suicidarse. Pero la homofobia (miedo exagerado o fobia a la homosexualidad bien sea ésta de género masculino o femenino, se traduce en actitudes y conductas rechazantes), afecta a todos los hombres ya que desalienta los comportamientos considerados "femeninos" como por ejemplo, interesarse por los demás o proteger su propia salud.

En cuanto a la vulnerabilidad de la adolescente mujer, la sociedad latina enseña a las jóvenes a ser "buenas, dulces y ordenadas" y que asuman la mayor parte de las responsabilidades derivadas de los quehaceres domésticos; que sean las "reinas del hogar" y las socializa para que sean sumisas con los hombres.

A este respecto, González Gabaldon, B (8), manifiesta que las familias, maestros y los compañeros refuerzan la suposición de que las niñas son inferiores a los niños hasta tal punto que las jóvenes llegan a creer que su

situación de desigualdad está justificada. Al mismo tiempo, también recae sobre ellas, la exigencia social de ser “lindas”; por eso existen cosméticos y tipos de muñecas rubias muy delgadas y de piernas largas, a las que muchas niñas sueñan con parecerse. Sin embargo, se espera de ellas una iniciación sexual lo más tardía posible, que tenga pocos compañeros sexuales en su vida, y que sus relaciones sexuales tengan como objetivo principal la reproducción.

Por otra parte, Bonder, G y Forlerer, L (9), refieren que la baja posición sexual y económica de las mujeres en gran parte del mundo es una amenaza grave para su salud sexual. El desequilibrio de poder entre hombres y mujeres puede hacer que para las mujeres sea imposible negarse a tener relaciones sexuales no deseadas o sin protección, negociar el uso de condón o usar la anticoncepción en contra de los deseos de su compañero o esposo. Así mismo, es probable que las mujeres intercambien relaciones sexuales por dinero o favores y, menos probable que dejen una relación de abuso o perjudicial, si dependen económicamente de los hombres.

Las expectativas de la sociedad en el sentido de que las mujeres deben ceder ante la autoridad masculina, respalda muchas prácticas que son perniciosas para la salud sexual de las mujeres; por ejemplo, el matrimonio a una edad temprana y la violencia doméstica o sexual.

Siguiendo con estas reflexiones, el hincapié que se hace en muchas sociedades en preservar la virginidad de las mujeres antes del matrimonio en realidad las hace más vulnerables por el temor a que la gente sospeche que tienen una vida sexual activa, lo que impide a muchas jóvenes hacer preguntas acerca del sexo, usar anticonceptivos para prevenir el embarazo, negociar el uso del condón para prevenir las infecciones de transmisión sexual (ITS), o solicitar los servicios de salud reproductiva. Algunas jóvenes creen que pueden seguir siendo vírgenes si tienen relaciones sexuales anales, prácticas que pueden hacerlas más vulnerables a la infección por virus de inmunodeficiencia adquirida (VIH).

Por esta razón, González, A y Sánchez M (10), manifiestan que los estereotipos de mujeres sumisas y hombres poderosos pueden restringir el acceso a la información, entorpeciendo la comunicación y promoviendo el comportamiento de riesgo en las mujeres y los hombres en formas diferentes pero igualmente peligrosas; al final, hacen aumentar la vulnerabilidad a los peligros que corre la salud sexual como por ejemplo, la violencia, la explotación sexual, el embarazo no deseado, el aborto en condiciones de riesgo y las ITS, incluyendo el VIH/SIDA.

Los padres son los primeros transmisores de creencias estereotipadas. Una vez instalado estas creencias, las personas definen sus valores, normas y comportamientos. Estas creencias o mapas, reflejan el origen de los patrones machistas de discriminación de géneros que se modelan implícita y explícitamente en el núcleo familiar.

Entre los mapas más comunes que se aprecian en las sociedades latinas tenemos: “el hombre no llora”; “el hombre es el señor de la casa aunque este ausente”; “la mujer acata y obedece a su hombre”; “M de mujer, M de

mártir y M de madre”; “el hombre de la puerta de su casa hacia fuera, hace lo que le venga en gana”.

Caamaño Cano, V.(11) formula que existen muchos cuentos, películas e incluso algunos textos escolares que refuerzan los estereotipos femeninos y masculinos y a partir de los mismos, las/los niños y las/los adolescentes desarrollan interpretaciones y representaciones de lo que significa ser mujer y ser varón y los asumirán naturalmente. Por ejemplo, Blanca Nieves, Cenicienta, La Bella Durmiente, compartieron un mismo destino. Las tres fueron víctimas de mujeres envidiosas y resentidas de las que solo pudieron librarse con la intervención de un varón: el “príncipe azul”. Una suerte de salvador mágico, portador de un título real que no duda en enamorarse de una plebeya, librándola así de una realidad triste y apremiante.

Cada vez resulta más claro que muchos niños y adolescentes poseen más conocimientos de que los padres y maestros imaginan o desearían, porque están sobreexpuestos a la información y sobre estimulados con un bombardeo visual y auditivo agudizado por los medios masivos de comunicación y las nuevas tecnologías como el Internet. Desde el punto de vista cognitivo, los adolescentes piensan de una forma más idealista que los niños y es innegable que la televisión muestra infinidad de personajes idealizados, a quienes los adolescentes pueden imitar y con quienes se pueden identificar.

En base a esto, las telenovelas latinoamericanas en general, reproducen el modelo del dueño de la casa que se enamora y “rescata” a la empleada doméstica de la mansión, de la pobreza y de llevar una vida anónima. En estas novelas, la mujer construye su identidad en tanto pueden acceder al amor de un hombre; y sí este varón es exitoso, mucho mejor: adinerado, buen profesional, justiciero. ¿Cuántas mujeres profesionales exitosas se enamorarían y “salvarían” a un varón pobre, en una telenovela? Ninguna, porque la imagen de la mujer anónima se asocia a la bondad y la compasión y la imagen del varón anónimo se relaciona con el fracaso social.

Un tipo de programas muy estereotipados y específicamente dirigidos a los adolescentes son los videoclips. En ellos, las mujeres visten provocativamente y a menudo se les muestra realizando actos relacionados con la sexualidad.

Por otra parte, Kraus, A. (12), indica que los estereotipos de géneros tienden a inducir una percepción selectiva. La misma centra la atención en fenómenos que apoyan su existencia y excluye las evidencias que no la confirman. Estas situaciones pueden traer consecuencias desfavorables durante la niñez y adolescencia como la mayor vulnerabilidad para padecer violencia física, psicológica o sexual. En las mujeres, podemos observar por ejemplo, bulimia, anorexia, depresión, embarazo en la adolescencia; entre los varones: el uso de drogas y alcohol, accidentes, violencia y delincuencia.

Nuestro lenguaje también refuerza los estereotipos sexuales. Por ejemplo, el hecho de que hablemos del “hombre” como genérico de la humanidad y del “Día del Niño” como genérico de ambos sexos, hace que los / las niñas asuman en forma natural desde muy temprana edad la ausencia de lo

femenino en nuestro discurso cotidiano. Se asume entonces, que lo masculino representa a ambos sexos. Incluso, por ejemplo, la redacción de muchas declaraciones y convenciones internacionales, da cuenta de un sujeto masculino. Esto constituye una terrible paradoja desde que en la mayoría de los casos estos instrumentos legales pretenden garantizar los derechos de toda población.

De acuerdo a la Organización Mundial de la Salud ¹³, en su calidad de rostro social, el género ha de tenerse en cuenta al programar para la salud de las /los adolescentes porque es un determinante importante de la utilización de servicios sociales y de salud. Cabe destacar por ejemplo, que las intervenciones de los servicios de salud reproductivas excluyen la participación de los adolescentes varones en el embarazo de la adolescente. Por este motivo, para mejorar las necesidades de salud y salud sexual de las/los adolescentes, los programas deben reconocer las diferencias socio sexuales, contexto social y económico de las/los adolescentes e identificar las intervenciones y enfoques adecuados para entrar en contacto con estos jóvenes y satisfacer sus necesidades en relación a su género y desarrollo.

Con respecto al sistema escolar, la sexualidad y por ende el rol de género, la portan los sujetos como parte de su corporeidad y de su experiencia subjetiva crucial y de ninguna manera queda fuera de la escuela al ingresar a las instituciones de enseñanza y el aprendizaje.

Basándonos en el hecho de que la Educación nos sirve para vivir mejor, para orientar nuestras acciones responsablemente, para ejercitar nuestra libertad, debemos dotar de estrategias para esas finalidades, a seres sexuados como son los niños y adolescentes que cotidianamente en su permanencia en las aulas estarán en contacto con referencias y experiencias sexuales de diversas índoles.

Cabra, J; Marías, I. y col. (14) manifiestan que la escuela puede y debe contribuir con nuevas actitudes en el manejo de la sexualidad y la afectividad humana, así como en la construcción de identidades sexuales y de género y las relaciones que de ahí resultan, abordándolo y reforzándolo progresivamente desde una perspectiva interdisciplinaria de una manera amena y vivencial, a lo largo del currículo escolar, con la misma naturalidad con la que se habla en otras disciplinas como historia, matemáticas, castellano. Realmente no requiere por parte del profesorado, de una especialización, ni de un nivel de conocimientos altísimos, sino más bien de un talante abierto y dialogante que huya de abordar esta materia de forma dogmática.

Conclusiones. Se nace varón o mujer (sexo) pero “se aprende” a ser varón o mujer (género). A partir de este aprendizaje, varones y mujeres tenemos relaciones muy diferentes con la sociedad; lo que significa que la acción de la sociedad es definitiva para el aprendizaje y desarrollo del rol de género.

En esta perspectiva, mientras el sexo es una condición biológica “natural”, el género es una construcción “cultural” que se expresa en los valores, normas, instituciones, creencias, usos y costumbres en torno al rol sexual femenino y masculino que presenta una cultura. Sin embargo, las diferencias de género no deberían implicar desigualdad. No obstante, varones y mujeres

no tienen las mismas posibilidades de acceder a los bienes, recursos y posiciones sociales. Los atributos y roles asignados al varón son más valorizados y tienen mayor prestigio. Por su parte, las mujeres en su conjunto no participan de igual manera de los ámbitos en los que se deciden cuestiones políticas, científicas y económicas.

No existe una condición natural/biológica que determine la mayor valoración social de los varones. Esta deviene de construcciones socioculturales ya que la “naturalización” de algunos roles y comportamientos (lo que llamamos estereotipos de género), atenta contra las posibilidades de garantizar la equidad en el cumplimiento de los derechos de varones y mujeres.

Estos estereotipos que surgen de mandatos sociales, en los últimos años se han modificado profundamente aunque en América Latina de acuerdo a Cerruti, S.¹⁵, estos mandatos aún permanecen en las pautas culturales de grupos mayoritario de población, y se transmiten a las/los niños desde muy temprana edad a través de los modelos sexuales con los que las/los vamos socializando a pesar de los cambios sociales (emigración, desarrollo del turismo, medios sobre anticonceptivos y su difusión, la mejora económica, cambios políticos y un mayor acceso a la educación), devenidos en la segunda mitad del siglo XX que han sido fuente generadora de una mayor tolerancia y permisividad sobre todo en una clara apertura en la actitud hacia la sexualidad entre los/las jóvenes. Sin embargo, no han desaparecido los factores que tradicionalmente suponían obstáculos y dificultaban el buen desarrollo sexual y una práctica satisfactoria en el grupo de adolescentes.

La adolescencia sigue siendo ese período de transición y aprendizaje en el que a menudo es difícil acceder a una demanda de información/educación sexual y en el que se encuentra el/la joven con serios obstáculos para acceder a los anticonceptivos y métodos de prevención de Infecciones de Transmisión Sexual. Debido a un conjunto de razones, el adolescente tiene una baja conciencia de riesgo tanto de embarazo como de contagio de infecciones.

Las escuelas y liceos pueden y deben contribuir con nuevas actitudes en el manejo de la sexualidad y la afectividad humana, así como en la construcción de identidades sexuales y de género y las relaciones que de ahí resultan, abordándolo y reforzándolo progresivamente desde una perspectiva interdisciplinaria de una manera amena y vivencial, a lo largo del currículo escolar, con la misma naturalidad con la que se habla en otras disciplinas como historia, matemáticas, castellano. Realmente no requiere por parte del profesorado, de una especialización, ni de un nivel de conocimientos altísimos, sino más bien de un talante abierto y dialogante que huya de abordar esta materia de forma dogmática.

De todas maneras, si bien la sexualidad y género es bueno que encuentre su lugar en el currículo académico, también, es bueno que no se le academice, que lo que se trabaje en clase tenga una continuidad o sea, complementario de la labor educativa de la familia y del resto del entorno del alumnado.

Se requieren referencias actualizadas y contextualizadas que abarquen el género y la sexualidad con un enfoque más integral y que, a la vez orienten

a las/los adolescentes para vivir la sexualidad de manera plena y responsable

BIBLIOGRAFÍA

1. Re, María Inés. **Educación sexual en la niñez: Un desafío posible**. Fascículo 3. Sexo y Género 1ª Ed. Ediba. Buenos Aires. 2005; p. 10-15.
2. Freud, S. **Tres Ensayos de Teoría Sexual**. Editorial Amorroutu. Buenos Aires, Argentina. 1976.
3. Erikson, E. **Identidad, Juventud y Crisis**. Editorial Paidós. Buenos Aires, Argentina. 1971
4. Álvarez, M. **Familias Cubanas con Hijos (as): Lo bueno y lo Malo**. Ponencia realizada en el XI Congreso Latinoamericano de Sociedades de Sexología y Educación Sexual, Nueva Esparta, Venezuela. 2002. octubre, 24-28.
5. Piaget, J. **De la Lógica del Niño a la Lógica del Adolescente**. Editorial Paidós. Buenos Aires, Argentina. 1972.
6. Henry, K. **Género y Salud Sexual**. NetWork en español: 2000, Vol. 2. Nº 4. Disponible en: <http://www.Fhi.Org> (Revisado el 10/5/95).
7. Lamas, M. **“La perspectiva de Género”**, en Hablemos de Sexualidad: lecturas. Conapo- MexFam. México, 1996; p. 2-15.
8. González Gabaldon, B. **Sexualidad y Género**. Ed. El Telar de Ulises Nº 2 Madrid. 2002; p.15-18.
9. Bonder, C Forlerer, L. **La Igualdad de Oportunidades para mujeres y varones: Una Meta Educativa**. UNICEF / Publicaciones Ministerio de Cultura y Educación de la Nación. Argentina. 1993; p. 16-20.
10. González, A y Sánchez, M. **La Investigación en Salud para el desarrollo y el enfoque de género: Una construcción necesaria para la equidad en salud**. Colombia. Red de Salud de las Mujeres Latinoamericanas y del Caribe. 2002; p. 12-15.
11. Caamaño Cano, V. **Sexualidad y género en la educación Transversal**. Disponible en: <http://www.la tarea.com.mx/articu/articul5/caaman15.htm> 2000.
12. Kraus, A. **Grupos vulnerables en Varios autores: Salud y Derechos Humanos**. Ed. Instituto Nacional de Salud Pública. México. 1995; p. 16-20.
13. OMS/OPS. **Manual de Monitoreo y Evaluación de Programas de Salud sexual y Reproductiva de Adolescentes y Jóvenes**. Nº 3. Caracas.1998; p.3-4.
14. Cabra J; Marías, I. y colaboradores. **Proyecto Curricular para la Educación Sexual y Afectiva**. Disponible en: <http://www.xtec.es/imarías/proyecto.htm>. 1998.
15. Cerruti, S. **Experiencias en la Promoción de la Salud Sexual y Reproductiva en la Adolescencia**. Ponencia realizada en el IV Congreso Venezolano de Salud y Desarrollo de las/los adolescentes. I Seminario Internacional sobre manejo integrado de las necesidades de las/los adolescentes. V Jornadas Científicas del Programa de Prevención y Asistencia de Embarazo en la Adolescente. (PASAE). Valencia, Edo. Carabobo. 2004. mayo, 4-6.